

LA BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD.
SU EXPERIENCIA PERSONAL Y SU ESTILO MISTAGÓGICO

JOSÉ DAMIÁN GAITÁN, OCD
FACULTAD DE TEOLOGÍA “SAN DÁMASO”
MADRID

La beata Isabel de la Trinidad, religiosa carmelita de clausura, es sin duda, como otras hermanas y hermanos suyos en el Carmelo -piénsese, por ejemplo, en Teresa de Lisieux, por quedarnos en un tiempo más cercano al suyo y al nuestro-, una gran entusiasta de no regatear esfuerzos por transmitir a otros la comprensión y la vivencia de la fe, Y esto sin dejar de lado su vocación contemplativa. Podemos decir que siente una gran pasión por compartir con otros y llevar a otros a vivir la misma experiencia de Dios que a ella tanto le apasiona y da sentido a su vida.

Isabel de la Trinidad es una figura relativamente cercana en el tiempo a nosotros. Recientemente, de la fiesta de la Trinidad de 2006 a la de 2007, la Iglesia ha celebrado el primer centenario de su muerte, acaecida el 9 de noviembre de 1906.

A lo largo del siglo XX, sobre todo en la primera mitad del mismo, la lectura de sus escritos y su mensaje espiritual ha despertado interés en muchos, incluidos teólogos de fama como M. M. Philipon¹ o H. U. von Balthasar², y ha supuesto una gran ayuda para la vida de fe de otros³.

¹ Cf. M.M. PHILIPON, *La doctrine spirituelle de Soeur Élisabeth de la Trinité* (Paris 1939) [traducción española: *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* (Bilbao 1957) 353]. En 1949 editó una especie de biografía de Isabel escrita por ella misma, elaborada a partir de una antología cronológica de algunos de sus textos más significativos (*Élisabeth de la Trinité. Écrits spirituels* [Paris 1949] 253). Por último, en 1966 publicó un nuevo libro titulado *En présence de Dieu. Élisabeth de la Trinité*,

I. EL MARCO DE UNA BIOGRAFÍA (1880-1906)

No existe santidad en abstracto. Ni siquiera, como a veces podríamos pensar, en el caso de Dios. Por lo que a nosotros respecta, el compromiso de vida cristiana y la santidad se dan en una vida humana concreta. Precisamente el error de algunos de los intérpretes de Isabel de la Trinidad ha sido dejar un poco de lado su condición e historia humana para adentrarse en la contemplación sublime de lo que ella nos decía de Dios. Pero esas mismas cosas tenían un marco y un contexto concreto en que fueron vividas y escritas, que hay que tener siempre presente. Personalmente, si algo me parece que se pone de relieve en la vida de Isabel de la Trinidad, es la fuerza de la vivencia de lo sobrenatural en lo natural, en la vida concreta que le tocó vivir y no tanto en éxtasis que la sacaran de este mundo.

Algunos datos esenciales de su vida son los siguientes:

-Isabel Catez nace en el campo militar de Avord-Bourges (Francia), el 18 de julio de 1880.

(Bruges, 1966) 215 [edición española: *En presencia de Dios. Isabel de la Trinidad*, (Barcelona 1967) 224], que sigue, de alguna manera, la metodología de su primera obra sobre Isabel de la Trinidad, alternando la publicación de algunos de los escritos más importantes de Isabel con la presentación y análisis doctrinal de los mismos.

² Cf. *Elisabeth von Dijon und ihre Geistliche Sendung* (Köln 1952); obra revisada de alguna manera en su posterior edición francesa: *Élisabeth de la Trinité et sa mission spirituelle* (Paris 1960) 203; véase también el reciente estudio de S. GARCÍA ACUÑA, "El acercamiento teológico de Hans Urs von Balthasar a la doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad. La índole trinitaria de la vida y misión cristianas": *Revista de Espiritualidad* 262/66 (2007) 141-164.

³ Muchas cosas se han publicado al respecto con ocasión del reciente centenario. Una obra importantísima en este sentido, tanto por la variedad y amplitud de los campos analizados como por los autores de las colaboraciones allí recogidas es la siguiente: J. CLAPIER (ed.), *La aventura mística de Isabel de la Trinidad. Fuentes, experiencia teológica, irradiación* (Burgos 2007) 765. Más brevemente algunas referencias bibliográficas esenciales se pueden encontrar en: J. D. GAITÁN, "Isabel de la Trinidad. Algunas reflexiones con ocasión de su centenario": *Espíritu y vida* 37/13 (2006) 43-73, especialmente 43-46 y 60-63. Para una introducción sencilla a los grandes temas de la espiritualidad de Isabel de la Trinidad cf. J. REMY, *Isabel de la Trinidad* (Colección "15 días con"; Madrid 2006) 126.

-Su padre era militar. Se llamaba José Francisco Catez. El nombre de su madre era María Rolland.

-En 1882 la familia se traslada a Dijon, y en 1883 nace la segunda hija: Margarita.

-En 1887 muere su padre.

-Recibe la primera Comunión y la confirmación en 1891. En esa ocasión, la priora de las Carmelitas le dijo que su nombre, Isabel, significaba “casa de Dios”. Algo que a ella le impactó mucho y tuvo una gran influencia en su vida. En realidad dicho nombre bíblico más bien viene a significar “Dios es mi plenitud”.

-Estudia en el conservatorio de Dijon, y a los 13 años, en 1893, le otorgan el primer premio de solfeo y piano.

-Con 14 años siente por primera vez la llamada a ser carmelita y hace voto de virginidad.

-Los años de su adolescencia y primera juventud son de bastante trato social con gente de su edad de familias amigas en Dijon y fuera de ella: viajes, vacaciones, reuniones de sociedad, etc. Ella goza con todo ello, pero lo que más le gusta es la naturaleza, la música, y el don de la amistad. En este tiempo la madre se resiste a aceptar la vocación al Carmelo de su hija y le prohíbe tratar por cualquier medio con las carmelitas.

-En la cuaresma de 1899 tiene lugar en Dijon una misión general y, casi al final de la misma, la madre de Isabel acepta que esta pueda hacerse religiosa, pero sólo cuando cumpla los 21 años. Serán dos años muy intensos de espera, pero también de compromiso de vida cristiana, como preparación para la nueva vida.

-En 1901 entra en el Carmelo de Dijon. A partir de entonces se llamará Isabel de la Trinidad.

-Hace sus votos religiosos el 11 de enero de 1903.

-El 21 de noviembre de 1904 escribe su famosa oración (elevación): “¡Oh Dios mío! ¡Trinidad a quien adoro!”

-Muere el 9 de noviembre de 1906, con sólo 26 años casi recién cumplidos, a causa del mal de Adison, una enfermedad entonces casi incurable, que llevaba a la muerte por inanición al rechazar el estómago prácticamente todo tipo de alimento. La enfermedad se le empezó a manifestar un año y medio antes. Los últimos meses de su vida fueron muy fecundos, espiritual-

mente hablando, sobre todo por los escritos que de ese tiempo nos legó, en los que quiso plasmar de alguna forma lo más importante de su vivencia y mensaje espiritual.

-Fue beatificada por Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1984.

-De ella dijo entonces el papa:

Casi contemporánea de Teresa del Niño Jesús, Isabel de la Trinidad hizo una profunda experiencia de la presencia de Dios, que maduró de manera impresionante en pocos años de vida en el Carmelo. Saludamos en ella un ser colmado de dones naturales: era inteligente y de gran sensibilidad, pianista consumada, apreciada por sus amigos, de un delicado afecto por los suyos. Pero se realizó en el silencio de la contemplación e irradió la alegría del total olvido de sí (...). Lejos de aislarse, esta contemplativa acertó a comunicar a sus hermanas y personas cercanas las riquezas de su experiencia mística. Su mensaje se extiende hoy con fuerza profética (*Homilía de la misa de beatificación*).

II. LA FAMILIA Y LA PARROQUIA: INICIACIÓN Y PRIMERAS ETAPAS DE FORMACIÓN EN LA FE

La suya era ciertamente, y lo fue siempre, una familia de hondas raíces cristianas, en una Francia en la que se imponía en aquellas décadas de finales del siglo XIX y principios del XX un ambiente sociopolítico más bien hostil a la fe cristiana.

1. *Hacia la primera comunión*

Muerto su padre cuando Isabel contaba sólo siete años⁴, el grupo familiar formado por su madre, su hermana menor y ella misma, fue fundamental en el desarrollo de su fe en los años de su primera adolescencia y juventud. Un primer testimonio claro de esto lo tenemos en dos cartas suyas a su madre para

⁴ De lo que significó para ella, humana y espiritualmente hablando, la muerte de su padre nos ha quedado constancia en una poseía suya escrita al cumplirse diez años de dicho acontecimiento (cf. P 37). Para los textos de la beata Isabel, cf. ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas* (ed. crítica preparada por C. de Meester, Madrid 1986).

felicitarle el año nuevo. La primera la escribió con nueve años y medio. Dice así:

Querida mamita: Al desearte un Año Nuevo quisiera prometerte que seré muy buena, muy obediente y que no te haré enfadar, que no lloraré más y que seré una niña modelo para darte gusto. Pero tú no me creerás. Haré todo lo posible para cumplir mis promesas, para no decir una mentira en mi carta, como las he dicho otras veces. Tenía en la cabeza una carta larga, larga, y ahora no sé decir más. De todos modos verás que seré muy buena. Te abrazo, querida mamita. Tu hija querida, Isabel Catez. Dijon, 1 de enero de 1889⁵.

Al cumplirse el año, y por las mismas fechas, se reafirma de nuevo en sus buenos propósitos, pensando ya en su preparación para recibir la primera Comunión, y sintiendo la responsabilidad de dar ejemplo a su hermana:

Querida mamita: Veo con placer la llegada del Año Nuevo para renovarte mi felicitación de un año bueno. Te deseo todo cuanto puedas querer, y ahora que soy ya más mayor, voy a ser una niña amable, paciente, obediente, aplicada y que no se enfada nunca... Primero, porque siendo la mayor debo dar ejemplo a mi hermanita. No la llevaré la contraria. En fin, seré una niña modelo y tú podrás decir que eres la más feliz de las madres. Y como espero que pronto tendré la dicha de hacer mi primera Comunión, seré todavía más buena, pues pediré a Dios que me haga mejor. Te dejo, querida madrecita, abrazándote de todo corazón. Isabel Catez. Dijon, 31 de diciembre de 1889⁶.

La primera Comunión para ella fue, de hecho, un acontecimiento muy importante en su vida, que siempre recordará positivamente como un momento fuerte de encuentro con Jesús. Se conserva una poesía escrita por ella en el séptimo aniversario de su primera Comunión (19 de abril de 1898). Quizá en esa ocasión fue la cercanía de la primera Comunión de su ahijada Magdalena Guemard, que la haría el 8 de mayo siguiente, lo que suscitó en ella en aquel momento

⁵ Carta (=C) 4.

⁶ C 5.

toda una serie de recuerdos y sentimiento que nos dejó plasmados en tres poesías⁷.

También en otras ocasiones Isabel hará referencia a ese acontecimiento de su vida personal. Escribiendo a su amiga Margarita Gollot, el 8 de mayo de 1901, le comenta: “El otro día era el aniversario de mi primera Comunión, hace diez años”⁸. Pero es sobre todo en una carta escrita a su madre, ya desde el monasterio, en donde encontramos descrito en breves trazos lo esencial de aquella experiencia:

Madre querida, si le amo un poco es porque tú has orientado hacia Él el corazón de tu pequeñita. Tú me preparaste muy bien para la primera Comunión, ese gran día en que nos dimos el uno al otro⁹.

2. *Una espléndida primavera*

La adolescencia y primera juventud de Isabel fueron etapas de su vida comparables a una espléndida primavera en lo humano y en lo espiritual.

a) El año 1894, es decir cuando Isabel tenía 14 años y sintió las primeras llamadas al Carmelo, marca un momento importante. De ese tiempo conservamos algunas notas espirituales y pequeñas poesías de tipo religioso. También le gusta hacer otras de tema familiar y profano. ¿Fueron realmente las primeras cosas que escribió en este sentido? No lo sabemos. En todo caso, Isabel se muestra ya desde entonces como una persona que siente apasionadamente todo lo que vive: lo humano y lo divino¹⁰.

⁷ Cf. *Poesía* (=P) 47 “Aniversario de mi primera Comunión”; P 50 “La primera Comunión de Magdalena”; P. 52 “A Magdalena en el día de su primera Comunión”. Algunos años más adelante, ya en el Carmelo, Isabel escribirá una carta a Berta Guemard, hermana de Magdalena, también en el día de su primera Comunión. Y los sentimientos que allí se expresan serán muy parecidos a los escritos en ocasiones anteriores: cf. C 112 (22 de abril de 1902).

⁸ C 53.

⁹ C 178 (6 [u 8] de septiembre de 1903).

¹⁰ Cf. *Notas Íntimas* (=NI) 1-2; P 1-23.

Los escritos de 1894 son como unos primeros balbuceos de una necesidad grande que siempre sintió de plasmar y comunicar lo que sentía y vivía. Posteriormente las poesías de tema religioso serán las más frecuentes. Y tanto estas como las llamadas “notas íntimas” o apuntes espirituales serán algo menos breves; aunque prácticamente, si se exceptúa el *Diario* de los años 1899-1990¹¹, no escribirá nunca cosas largas hasta el final de sus días, en que nos dejó una serie de pequeños tratados espirituales.

El *Diario* de los años 1899-1990 es un escrito fundamental para comprender, por una parte, cómo era el ambiente religioso-espiritual en que se movía Isabel en aquellos años -triduo eucarístico del viernes al domingo anterior al inicio de la cuaresma, misión general en la ciudad de Dijon en cuaresma y semana santa, novena de la gracia a principios de marzo, el mes de san José, etc.-, y, por otra, para constatar el grado de madurez espiritual y en la fe que había alcanzado Isabel antes de entrar en el Carmelo. Muy al principio del mismo, escribe, por ejemplo, que está leyendo el *Camino de perfección* de santa Teresa y que su lectura le es de gran ayuda¹². Pero esta madurez y formación en la fe es algo que ya se va vislumbrando en las poesías de los años anteriores: entre 1895 y 1898. De esta época se conservan un total de 41 poesías¹³ en las que Isabel expresa sobre todo su anhelo del Carmelo, su deseo de vivir entregada a Dios en esa vocación, pero también en ellas canta lo que para ella significan otras realidades fundamentales de la fe: Cristo, María, la eucaristía, algunas fiestas del año litúrgico, el mes de mayo, etc. En el verano de 1898 visitó con su familia Lourdes y la Gran Cartuja. A estas también dedica algunas de sus poesías. Y aunque en sus cartas de estos años casi no hace comentarios espirituales, si encontramos en ellas,

¹¹ Cf. Empieza el 30 de enero de 1899 y acaba con el 27 de enero de 1900. Es esta una etapa fundamental en su vida.

¹² *Diario* (=D) 13-15 (lunes, 20.2.1899). Su madre era lectora asidua de santa Teresa y tenía sus escritos en casa.

¹³ P 24-65.

sin embargo, algún breve eco de lo que dichas visitas significaron para ella interiormente¹⁴.

b) Un momento importante y decisivo en su vida, sin embargo, es el año 1899. El *Diario*, al que he hecho mención más arriba, es un magnífico espejo en el que se reflejan vivencias y situaciones de ese año. Desde el principio habla de su participación en los cultos que había en la parroquia; del triduo antes de cuaresma, tenido a mediados de febrero de 1899, dirigido por un sacerdote que había sido confesor suyo y la había ayudado mucho anteriormente¹⁵; y en marzo, en cuaresma y semana santa, de la misión general dada por los PP. Reparadores, en la que participó, como era habitual en aquellos tiempos, no sólo ella, sino también junto con su madre y su hermana¹⁶. En esos momentos especiales de reflexión, Isabel intenta sobre todo aprovechar lo que se dice para ahondar su formación en la fe y en la vivencia cristiana, pero procurando, a su vez, recurrir a todos los medios posibles para discernir su vocación y la voluntad de Dios sobre ella. Los sacerdotes con los que consultaba veían en ella una vocación clara a la vida consagrada, pero el consentimiento relativo de su madre sólo llegó el domingo de Ramos, día 26 de marzo de

¹⁴ Cf. C 14-16 y 18. Por estas cartas se puede ver que ese verano también fue muy intenso a nivel humano y social, e Isabel cuenta en ellas lo bien que se lo pasó en viajes, visitas, fiestas, música, etc. Caso curioso es el que cuenta de Tarbes: que sus amigas y ella se pasaban el día tocando el piano y acabaron agotando todas las partituras de que disponían las casas de música de esa ciudad (C 14; cf. C 11). Pero, a su vez, nos deja intuir cómo Dios le hacía sentir dentro la vocación a la soledad. Algo que para ella en ese momento era algo casi imposible de realizar por la oposición de su madre.

¹⁵ En sus cartas aparece que unos días antes, a finales de enero de 1899, a partir del 24, iba a participar en unos ejercicios para jóvenes que daría un padre jesuita (cf. C 21; P 66). Ya en el mes de noviembre anterior había participado a unas conferencias para jóvenes, dadas igualmente por un padre jesuita (cf. C 19).

¹⁶ Cf. O. HIDALGO, *Isabel de la Trinidad y la Misión Redentorista* (Madrid 2006) 69 p. Se trata de una sencilla y ágil introducción a la figura de la beata Isabel de la Trinidad. Pero en cuanto a la misión de los PP. Redentorista en Dijon se nos ofrece poco más que una pequeña selección de textos de la misma Isabel. Casi el mejor resumen de lo que fueron aquellos días lo encontramos en una carta de Isabel a su amiga María Luisa Maurel, del 16 de abril de 1899 (cf. C 22).

1899¹⁷. Después de los días de la misión en el diario hay un vacío hasta los siguientes ejercicios espirituales, del 23 al 27 de enero de 1900, con los que prácticamente se concluye este escrito¹⁸.

La verdad es que estas páginas del *Diario* son una joya sobre todo por lo que nos muestran de cómo de un ambiente familiar y parroquial que favorecía la madurez en la fe fue brotando el despertar de una vocación tan concreta, y en cierto modo especial, como la que sentía Isabel.

De su primera visita al Carmelo de Dijon, después del consentimiento dado por su madre, Isabel nos ha dejado una poesía¹⁹. A partir de entonces sus visitas a dicho monasterio es uno de los temas constantes en sus cartas hasta el momento de su ingreso en el mismo (2 de agosto de 1901)²⁰. El diario al que hemos venido haciendo referencia más arriba concluye precisamente con una página de agradecimiento a Dios por la ayuda recibida por parte de la superiora de la comunidad en su camino vocacional en los meses que habían transcurrido desde mediados de 1899 a enero de 1900²¹.

Y al mismo tiempo, poco a poco, irá hablando abiertamente en sus cartas a sus amistades y familiares de su vocación y de lo que esto significaba para ella. Especialmente significativa me parece la que le dirige a su amiga María Luisa Maurel, cuando ella le comunica su compromiso de boda. En la misma escribe:

Usted sabe muy bien cuánto la quiero, mi querida María Luisa, para que tenga necesidad de decirle la alegría que he sentido al enterarme de sus esponsales. Lo sospechaba un poco después

¹⁷ D 105. Digo consentimiento relativo, no sólo porque puso como condición que esperara a los 21 años, sino además porque unos días después, el 31 de marzo, viernes santo, le habló de “una propuesta matrimonial, un partido magnífico...” (D 124).

¹⁸ Cf. D 137-153.

¹⁹ Cf. P 71 (del 20 de junio de 1899).

²⁰ Cf. por ejemplo C 23, 24, 28, 36, 37, 38, 41, 42, 44, 46, 47, 50, 51, 53, 54, 55, 61, 62, 63, 64, 67, 69, 70, 72, 78, 79, 81, 83.

²¹ Sobre este encuentro escribe el 27 de enero de 1900: “Sábado noche. He ido a ver a nuestra buena Madre (Priora) para acabar mi retiro. ¡Cuánto bien me ha hecho esta larga conversación! ¡Ah, querido y pobrecito locutorio del Carmelo, qué hermosos momentos paso en ti! Jesús mío, premiada a esta buena Madre lo que hace por mí, por favor: ella sabe tan bien daros mi alma. ¡Cuánto bien me ha hecho ya!” (D 154).

de recibir su carta de septiembre, pues la que me ha escrito en octubre no la he recibido todavía, con gran disgusto mío. Ruego mucho por usted, querida amiga, y pido al Señor que la llene de sus bendiciones y le dé toda la felicidad que se puede gozar en la tierra. Sí, querida María Luisa, el buen Maestro nos llama por caminos diferentes. La porción que me ha escogido es muy hermosa. Espero que este verano nos volvamos a ver. ¡Cuántas cosas tendremos que decirnos! Usted cree que mi marcha al Carmelo está próxima, pero no será antes de mis veintiún años. Así que, como ve, me queda todavía un año largo para disfrutar de la compañía de mi querida mamá y de Guita. Ruegue mucho por mamá, querida amiga, para que Dios la sostenga en este duro sacrificio. ¡Ah, qué dura será la separación! Pero es el Divino Maestro quien lo quiere así. El sabrá arreglarlo todo. Mamá y Guita, a quienes confié su secreto, como me lo había permitido, me encargan enviarle sus sinceras felicitaciones. Todas nos alegramos de su felicidad, pues la amamos mucho²².

Como se puede ver es una carta en la que, al mismo tiempo que le vuelve a confiar su propia vocación, manifiesta a su amiga su alegría por el camino que va a emprender. Y esto porque, como viene a decir, Dios llama a cada uno por caminos diferentes. Este respeto hacia el matrimonio, no obstante estar plenamente identificada con su vocación y llamada a vivir la virginidad, será una constante que siempre seguirá manifestando en su vida, en especial con ocasión del matrimonio de su hermana Margarita (Guita) poco después de que ella, Isabel, entrara en el Carmelo²³.

III. UNA PRESENCIA ACTIVA

1. En las cartas de los años 1899-1901 nos encontramos, como ya dije más arriba, continuas referencias a los contactos y visitas de Isabel al Carmelo de Dijon y a la participación frecuente en su vida litúrgica, pero no sólo. También hallamos en ellas referencias, en continuidad con su vida anterior, a su implicación en la vida parroquial y eclesial de dicha ciudad: actos de culto, tiempos litúrgicos, festividades, sermones,

²² C 25 (29-30 de noviembre de 1899).

²³ La fecha de su boda fue el 15 de octubre de 1902.

conferencias, actividades parroquiales, catequesis, etc²⁴. Un texto muy significativo en este sentido lo encontramos en la misma carta antes referida, escrita a su amiga María Luisa Maurel:

Nuestro nuevo obispo, monseñor Le Nordez, comienza hoy una serie de conferencias en la catedral para señoras y jóvenes. Me alegro de ir a oírle inmediatamente. ¡Cómo quisiera tenerla conmigo! Asistimos también a unas conferencias muy interesantes que tienen lugar cada quince días para las jóvenes. Las da un padre jesuita que habla muy bien. Además, el tema es tan bello: este año es sobre Jesucristo. Adiós, querida amiga. Me agrada-
ría escribir más, pero la debo dejar, pues antes de ir a la conferencia tengo que ir a un coro de canto donde con varias jóvenes preparamos hermosos cánticos para la Inmaculada Concepción²⁵.

En algunas cartas habla de su tarea como catequista. A ella se le había confiado, entre otras cosas, la preparación para la primera comunión de una joven bautizada a los catorce años. El 1 de mayo de 1901, unos meses antes de entrar en el Carmelo, escribe a este respecto:

Estos días voy a estar muy ocupada con una chiquilla a quien preparo para la primera Comunión, que será el domingo. Esta pobrecilla ha sido bautizada a los catorce años y, como es muy mayor para ir al catecismo con las otras, que se reirían de ella, me ocupo yo de ella. Durante el retiro la tendré todo el día conmigo en casa. Le agradeceré una oración por ella²⁶.

Y en la misma carta continúa con otro tema, también significativo, que muestra, una vez más, cómo vivía por entonces Isabel los diferentes ritmos de las festividades a lo largo del año:

Comienza el mes de María. Me gusta tanto este mes de mayo...
La doy cita todos los días ante la Virgen María. Pidamos mucho

²⁴ Cf. C 19, 21, 23, 25, 38, 50, 51.

²⁵ C 25 (29-30 de noviembre de 1899).

²⁶ C 51 (1 de mayo de 1901, a María Luisa Maurel); cf. C 50 (entre abril y junio de 1901).

a esta buena Madre la una por la otra. Pidámosle que nos conduzca a Jesús, que nos lo dé²⁷.

2. Pero, además de lo dicho, en las cartas de este tiempo se descubre sobre todo a una Isabel que cada vez se ve con más fuerza para comunicar a los demás, fundamentalmente sus amigas, lo que siente dentro de sí, aquello de Dios que le apasiona. Tres son principalmente las destinatarias de su compartir espiritual a través de sus cartas en este tiempo: la ya mencionada María Luisa Maurel, Margarita Gollot (con quien solía coincidir sobre todo en el monasterio de las Carmelitas), y Francisca de Sourdon²⁸. A ellas dedica la mayor parte de las cartas suyas que conservamos de esta época. Sin duda no es este el lugar para detenernos a analizar con detalle cómo Isabel se fue iniciando así en un cierto arte de compartir la propia experiencia de fe y de animar a otros en dicho camino. Pero de ello son muestra algunos de los textos ya citados anteriormente. Quisiera, sin embargo, citar aquí ahora otro que nos resume muy bien el estilo del compartir espiritual de Isabel:

¿Se acuerda de nuestra vigilia del Jueves Santo? ¡Oh, qué recuerdo! Este año no tengo a nadie que me acompañe, pero de todos modos espero ir al Carmelo, aunque sea un ratillo. ¿Necesito decirle que no la olvidaré en esa noche de amor? El viernes la cito al pie de la cruz hasta las tres de la tarde. Tenemos que morir con El, sí, morir a todo para no vivir más que de El. El domingo también resucitaremos con El. ¡Oh, la fiesta de Pascual! Me parece que sería necesario ir a celebrarla en nuestro Carmelo del cielo. Pero cuando El quiera. ¡Qué importa la vida o la muerte! Amemos. Adiós, mi queridísima hermana. Creo que el sacerdote le habrá entregado mi otra carta. Cuando esté mejor y me pueda escribir al Carmelo, ¡qué contenta me pondré! ¿La puedo escribir por correo? Sólo tengo tiempo para abrazarla con

²⁷ *Ibid.*

²⁸ De todas las formas, de este tiempo no faltan también algunas cartas escritas a su madre, a su hermana, y a otras personas; entre ellas, algunas interesantísimas al canónigo Angles (1835-1910), un sacerdote amigo de la familia, que fue uno de los primeros a los que había confiado su vocación en años anteriores y al que siempre, hasta su muerte, le fue confiando por carta lo que Dios le iba haciendo descubrir y desear. De este tiempo es interesante la C 38, de 1 de diciembre de 1901.

todo cariño. Permanezcamos muy unidas. Amémosle. María Isabel de la Trinidad²⁹.

3. Pero Isabel no aparece en todo ello ni mucho menos como una persona mojigata. En sus cartas, las de antes, las de ahora y las de después, siempre mostrará un arte especial para saber compaginar lo natural y lo sobrenatural, lo de este mundo y lo de Dios; secretos profundos de su vocación con el agradecimiento por las “magníficas castañas y deliciosas manzanas de Labastide”³⁰; o las muestras claras de cercanía ante su inminente entrada en el Carmelo hacia una de sus mejores amigas, María Luisa Maurel, a la que, por cierto, también agradece los “magníficos espárragos” enviados, con una invitación a vivir siempre confiando en Dios³¹.

IV. VOCACIÓN Y MISIÓN

1. Isabel Catez (de la Trinidad) pasará en el Carmelo de Dijon poco más de seis años: de agosto de 1901 a noviembre de 1906. Sin duda su carácter naturalmente expansivo y comunicativo, y también su deseo de tranquilizar constantemente a los suyos³²,

²⁹ C 42 (sábado, 30 de marzo de 1901, a Margarita Gollot).

³⁰ C 38 (1 de diciembre de 1901, al canónigo Angles).

³¹ “¡Ah, querida María Luisa, le escribe, el Señor no estrecha el corazón de los que se dan a El, al contrario, lo dilata y esté segura de que detrás de las rejas no se olvida a quienes se dejó. Cuanto más cerca se está de Dios, más se ama”: C 60 (5-6 de junio de 1901). En esta misma carta promete mandarle una reciente fotografía suya, le dice que si quiere le puede enviar una de sus sortijas como recuerdo (cf. también C 64 y 72), y le comenta que está teniendo un problema en una de sus rodillas. También le habla del *Manuel du chrétien* que le van a regalar para su entrada en el Carmelo.

³² En aquellos años en Francia la situación de la vida religiosa era bastante delicada, porque los gobiernos de entonces la prohibieron. De hecho muchas comunidades emigraron fuera del país para poder sobrevivir. El convento de las Carmelitas de Dijon permaneció a pesar de todo, aunque, ya en vida de Isabel, tuvieron que cerrar la Iglesia a todo culto público. De hecho, en algunas de sus cartas encontramos pequeñas alusiones a esta situación: cf. C 91 (11 de septiembre de 1901, al canónigo Angles), C 93 (12 de septiembre de 1901, a su hermana), C 182 (21 de noviembre de 1903, a Francisca de Sourdon), C 198 (9 de abril de 1904, a sus tías Rolland). Sin embargo, en julio de 1906, parece que las cosas remitieron un poco (C 292, a su hermana).

hace que a partir casi de su mismo ingreso en el monasterio vaya escribiendo una serie de cartas bellísimas y muy concretas sobre cómo es su vida de carmelita³³. Como había hecho antes, pero quizá más que antes a partir de ahora, mezcla con una gran naturalidad los comentarios sobre su vida ordinaria con la comunicación de lo que está viviendo, de su experiencia de Dios.

Es muy interesante también a este respecto la resonancia del año litúrgico en sus cartas, especialmente de los tiempos fuertes, de las fiestas más importantes del mismo, y de las grandes verdades de fe que en ellos y en ellas se celebran. Esto es algo que también podemos encontrar abundantemente en las poesías de estos años³⁴.

2. Unas semanas antes de su entrada en el convento, una amiga de Isabel, Ana María Avout, le regaló el libro titulado *Manual del Cristiano*, que contenía, entre otras cosas, todo el Nuevo Testamento³⁵. A través de él irá descubriendo, poco a poco, en los años siguientes, su sintonía con algunas grandes líneas de la espiritualidad paulina que fueron tan decisivas en el descubrimiento de esa segunda, o más bien tercera, vocación suya: la vocación a ser y vivir como "*Laudem gloriae*", como "alabanza de gloria" o de la gloria de Dios.

Porque, a la vocación a vivir desposada con Cristo por la consagración virginal en el Carmelo, que sintió casi siendo una adolescente³⁶, y a la de ser "*Laudem gloriae*" (Ef 1), habría que añadir aquella otra que sintió muy pronto, siendo aún bastante niña: la de ser casa de Dios, morada de la Trinidad y, a su vez, vivir en la Trinidad. Sobre esto último es muy interesante ver

³³ Cf. sobre todo las cartas de los primeros meses, de agosto a octubre de 1901 (C 84-97).

³⁴ Cf. J. CASTELLANO, "La dimensión litúrgica de la espiritualidad de Isabel de la Trinidad", en: CLAPIER, 443-469.

³⁵ Se trata del *Manuel du chrétien*, obra del canónigo GAUME, publicado en 1896, y que contenía, entre otras cosas, el *Ordo Misae*, el Nuevo Testamento, los Salmos y *La Imitación de Cristo*. La petición del libro y el agradecimiento del mismo lo hace, sin embargo, en carta a su otra amiga María Luisa Maurel, que quizá hizo de intermediaria en todo esto: cf. C 60 y 64; de esta última cf. especialmente nota 3 en ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas*; también sobre dicho *Manuel du chrétien*, C 89.

³⁶ Cf. D 124 y 133; *Notas íntimas* (NI) 7 y 13.

cómo de esa idea inicial de lo que podría significar su nombre, Isabel= “casa de Dios”, fue pasando a través del amor exclusivo a Cristo y del apellido religioso que le propusieron, “de la Trinidad”, a ir entrando poco a poco, con una atracción cada vez más fuerte, en una vivencia muy marcada del misterio de Dios Trinidad. Relación de amor entre las personas de la Trinidad *ad intra*, y de estas con cada persona humana, en una historia de salvación que podríamos llamar personal y personalizada, pero a la vez muy semejante e idéntica en todos y cada uno, dado que el designio de Dios es siempre hacer que seamos en verdad hijos en el Hijo, reflejo del Hijo en quien el Padre tiene todas sus complacencias³⁷.

Como es sabido, hay una pieza clave en sus escritos que sintetiza magistralmente todo lo que significaba para ella esta vida en la Trinidad. Me refiero a su famosa oración o elevación a la Trinidad, que comienza con “¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro!”. En ella pide vivir desde ahora dentro de ese misterio de amor como si ya estuviera en la eternidad. Pero, a su vez, va pidiendo primero al Padre, luego al Hijo, “Verbo amado, Palabra de mi Dios”, y después al Espíritu Santo, que hagan en ella su obra, para llegar a tener los mismos sentimientos del Hijo y ser como una “humanidad comple-

³⁷ Con frecuencia, cuando Isabel habla de “casa de Dios”, sobre todo en sus escritos desde el Carmelo, cita el texto de Ef 2,19. Por otra parte, la primera carta que firma como Isabel de la Trinidad es del 1 de julio de 1900 (C 28). En este sentido, poco antes de entrar en el monasterio escribe al canónigo Angles: “¿Le he dicho mi nuevo nombre en el Carmelo? “Isabel de la Trinidad”. Me parece que este nombre indica una vocación particular. ¿Verdad que es muy bonito? Amo tanto este misterio de la Trinidad... Es un abismo en que me pierdo...” (C 63, 14 de junio de 1901). En sus poesías este misterio de la Trinidad ya aparece incluso antes de su contacto más frecuente con las carmelitas de Dijon. Testimonio de esto es su poesía de 29 de mayo de 1898, con ocasión de la fiesta de Pentecostés (P 54). Por otra parte, progresivamente, ya en el convento Isabel comienza a usar la expresión “los Tres” para referirse a la Trinidad (cf. C 101, 25 de diciembre de 1901; C 107, de 11 de febrero de 1902, a la Madre Maria de Jesús, a quien le recuerda lo de la casa de Dios, habitada por los Tres, casa siempre llena y habitada en la medida que se vive en la escuela del amor, amando al Maestro; P 74, diciembre 1901; P 77, mayo 1902, etc.). Por lo demás, muy pronto Isabel siente la Trinidad como un hogar en que encontrarse también entre las personas, como una vocación colectiva: cf. C 57 y 58, a Margarita Gollot, 30 de mayo de 1901, y 2 de junio de 1901. Quizá por eso mismo, en carta a su hermana el 25 de mayo de 1902, fiesta de la Santísima Trinidad, le dice: “Yo te he consagrado a los Tres” (C 113).

mentaria” de El, como El adorador, reparador, salvador, y que así el Padre sólo encuentre en ella la imagen del Hijo en quien tiene todas sus complacencias. Un cielo que no se presenta, ni mucho menos, como incompatible con los vacíos, las impotencias, las noches y sufrimientos de esta vida. Y así hasta que llegue el día de la eternidad³⁸.

3. Pero volvamos al “*Laudem gloriae*”, que ella siente no sólo como su nueva vocación, sino también como su nombre nuevo, el que Dios le ha dado para este mundo y para la eternidad.

La referencia a esa expresión paulina de Efesios 1 (cf. 6,12, 14), que, por otra parte, es un texto de confesión claramente trinitaria, aparece por primera vez en sus escritos relativamente tarde: en una carta del 25 de enero de 1904 al abate André Chevignard (hermano del marido de su hermana Margarita), y dentro de un discurso trinitario³⁹. Pero será a finales de 1905 cuando esto empiece a aparecer con más claridad e insistencia en sus escritos⁴⁰. Posteriormente en sus tratados espirituales, a los que haré referencia más adelante, la expresión “*Laudem gloriae*”, “alabanza de gloria”, aparecerá con una fuerza y una densidad teológico-espiritual fundamentales en su experiencia personal y en doctrina espiritual.

³⁸ Cf. NI 15. Este texto lo escribió el 21 de noviembre de 1904, al finalizar unos ejercicios espirituales. Ese día, 21 de noviembre, las carmelitas en Francia tenían la costumbre de renovar espiritualmente su consagración a Dios. Este texto, por otra parte, no es ni mucho menos una improvisación. Curiosamente muchas de las cosas que en él se dicen ya las encontramos en otros escritos de años anteriores de la misma Isabel; y también, aunque esto parece más normal, podemos encontrar resonancias del mismo en escritos posteriores. Para más detalles en este sentido, cf. el abundante aparato crítico puesto a este texto en ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas*, 282-286.

³⁹ Cf. C 191.

⁴⁰ Cf. C 250 (a André Chevignard). Ahí claramente afirma que en esta frase paulina ha descubierto su vocación en este mundo, en espera del otro. Pero la primera vez que encontramos en una carta suya la firma como “*Laudem gloriae*” es en una dirigida a su hermana Guita a primeros de enero de 1906. Lo más curioso del caso es que no se trata de una carta de tema espiritual, sino de una breve nota de agradecimiento a su hermana por los bollos y dulces que ha enviado a la comunidad con ocasión de las fiestas de Navidad. Y, con sorpresa para nosotros, supongo que también para su hermana, firma: “*Laudem gloriae*”, y apostilla: “Es así como las dos nos llamaremos en el cielo” (C 260). De fecha posterior a esta se conservan otras tres cartas a su hermana firmadas con ese nombre (cf. C 288, 292, 298).

4. En Isabel todas estas vocaciones, que fueron apareciendo en el tiempo, se iban completando perfectamente en su historia personal. Todas, como ya se ha podido ver, tenían para ella mucho no sólo de vocación personal, sino también, a la vez, de misión hacia los demás.

Podría parecer que la vocación a vivir en la Trinidad y ser alabanza de gloria eran para ella más bien como una ulterior explicitación de su vocación a la vida contemplativa en el Carmelo, pero más bien, en el fondo, lo que descubrió en esas verdades de fe y en esa afirmación paulina fue la raíz de su misma vocación al Carmelo, y a la vez su origen y plenitud, es decir; la esencia de su vocación cristiana.

Por otra parte, la vocación contemplativa era para ella, sin duda, el lugar privilegiado en donde sentía que mejor podía realizar todas esas llamadas de Dios, pero no el único donde estas se podían vivir y realizar. De ahí que muy pronto empezara a animar a los suyos, gente amiga y familiares, a adentrarse también ellos por esos mismos caminos espirituales que ella sentía e iba descubriendo. Parece como si no le gustara adentrarse sola por los caminos de Dios, sino que sintiera la necesidad de ir siempre acompañada al menos de su gente⁴¹.

En esta dinámica, Isabel empezó a sentir progresiva y claramente el carisma de la maternidad espiritual. Primero con

⁴¹ Muchas serían las referencias de cartas en este sentido escritas durante su vida en el Carmelo. Sus principales destinatarios de estas comunicaciones e invitaciones espirituales son su madre, su hermana, sus tías Rolland, el Canónigo Inglés, André Chevignard, Madre María de Jesús, la señora de Sourdon, su hija Francisca de Sourdon, María Luisa Ambry (antes Maurel), Germana de Gemeaux, etc. Particularmente quiero hacer referencia aquí a dos cartas. Una a su hermana Margarita, de finales de abril de 1906, en la que le dice: “Te dejo mi devoción hacia los Tres, al ‘Amor’ (1 Jn 4, 16). Vive con ellos dentro, en el cielo de tu alma”. Y un poco más adelante, con expresiones y términos que se parecerán mucho a los que encontraremos después en sus tratados espirituales, le indica qué tiene que hacer para ser y vivir como “*Laudem gloriae*”. Ella, Isabel, lo vivirá en el cielo, y Guita en la tierra, en el centro de su alma (cf. C 269). La otra carta está dirigida a la Madre María de Jesús, y es del 14 de agosto de 1906. Comienza diciendo: “Es ‘*Laudem gloriae*’ que viene a cantar cerca de su alma”, y se concluye con la firma de su nombre nuevo, “*Laudem gloriae*” (C 306). Sobre este tema, cf. M. BENETTI, “La beata Isabel de la Trinidad y su presencia en la vida laical”, en: CLAPIER, 589-613; M. VALENCIANO SANTOS, “Isabel de la Trinidad: una espiritualidad ofrecida a los laicos”: *Monte Carmelo* 3/114 (2006) 515-544.

personas más jóvenes que ella, hacia las que sentía una maternidad a mitad camino entre lo humano y lo espiritual. Y luego hacia otras personas incluso mayores que ella, incluida su propia madre y, en los últimos días de su vida, la propia superiora de la comunidad de Dijon⁴².

Las cartas de sus últimos meses y días de vida son una gran despedida solemne a distintas personas que, por diferentes motivos, habían mantenido con ella una relación de cercanía humana y espiritual. A todas ellas intenta dejarles una palabra de vida. Me parece particularmente interesante la carta que le dirige al médico que le había estado atendiendo en su última enfermedad y al que, en agradecimiento, le regala su ejemplar

⁴² Tras su entrada en el monasterio, relativamente pronto se define a sí misma como madre y “madrecita” de Francisca de Sourdon (cf. C 84, 88, 98, 128, 310). Después este apelativo se lo aplica más tarde a sí misma en relación con su hermana Margarita (cf. C 239, 298). Finalmente lo aplicará también en relación con su propia madre, a la que viene a decir: yo he recibido mucho de ti a lo largo de mi vida, pero déjame ahora ser madre de tu alma (cf. C 273, 280). Y algo parecido le sucederá en los ultimísimos días de su vida respecto de la Madre Germana (cf. *Déjate amar*, 4). En su vocabulario epistolar, Isabel usa abundantemente el término «madrecita» referido fundamentalmente a su propia madre, a su propia hermana a partir del nacimiento de sus hijos, y a la madre priora de la comunidad; siempre con un tono de cariño y agradecimiento. Un matiz especial tiene cuando se lo aplica a su hermana, porque parece querer con ello poner siempre de relieve ante sus ojos la grandeza de la vocación humana y cristiana al matrimonio y la belleza de la maternidad física, con el gozo de los hijos que Dios da. Por lo mismo ella siempre se muestra muy contenta de sus sobrinas e intenta estar cercana a su hermana en su tarea de madre. Lo cual lo vemos las cartas a su hermana Guita, pero también en otras a su misma madre, o a sus tías Rolland (cf. C 179, 183, 197, 204, 221, 222, 233, 235, 237, 239, 243, 293, 298, etc.). Esta misma cercanía la muestra respecto de la maternidad de su amiga de juventud María Luisa Maurel, ahora ya de casada María Luisa Ambry (cf. C 175, 186, 187, 190, etc.). De todas estas cartas quisiera señalar aquí especialmente dos: una, dedicada a su hermana, en la que, envuelto todo en un discurso sobre el amor de Dios, a la “querida mamita”, su hermana, le habla como madre que se cuida y se preocupa de ella (C 239); y otra, escrita a su amiga María Luisa, en la que le invita a vivir con alegría la espera del próximo hijo, y en la que, una vez más entre otras muchas, le dice que se siente muy cercana de ella, porque “en el Carmelo es como en el cielo: no hay distancia, es ya la fusión de las almas” (C 175; cf. una afirmación parecida en C 88, 22 de agosto de 1901, a Francisca de Sourdon).

de las Cartas de san Pablo sobre el que, según dice ella misma, habían charlado ampliamente con ocasión de sus visitas⁴³.

V. LA MISTAGOGIA DE SUS “TRATADOS ESPIRITUALES”⁴⁴

Podemos decir que casi todo lo que escribe Isabel de la Trinidad a partir de su entrada en el Carmelo y hasta su muerte (1901-1906) tiene con mucha frecuencia una finalidad expresamente catequético/mistagógica, como comunicación de una fe que vive personalmente y que invita a otros a compartir, adentrándose vitalmente por esos caminos del misterio de una vida vivida en Dios, desde Dios y para Dios.

En muchas cartas de este tiempo y en algunas de sus poesías esto es obvio. En otros casos, sin embargo, estamos ante notas personales o poesías que no tienen otra finalidad que la de plasmar sus sentimientos y vivencias personales del momento en que fueron escritas. Pero, en todo caso, para el lector del siglo XXI todo ese conjunto constituye una verdadera y constante invitación a entrar en el misterio de Dios y dejarse iluminar por él⁴⁵.

Todo ese caudal quedó como remansado en unos textos que escribió Isabel en sus últimos meses de vida; que se consideran, de alguna manera, como su gran testamento o síntesis espiritual. Estos son más largos de lo que era habitual

⁴³ Después de un primer agradecimiento por todos los cuidados recibidos durante los últimos meses, escribe: “Quiero manifestarle, por mi parte, que ahora siento comenzar mi misión para con usted. Sí, el buen Dios le confía a su enfermita, y junto a El ella deberá ser el ángel invisible que le llevará, por el camino del deber, al fin de toda criatura nacida de Dios. En esta última hora de mi destierro, en esta bella tarde de mi vida, ¡cómo me parece todo serio a la luz de la eternidad! Yo quisiera poder darme a entender a todas las almas para decirles la vanidad, la nada de lo que pasa sin haber sido hecho por Dios. Por lo menos estoy segura de que usted me comprenderá. querido y buen doctor, que siempre me ha comprendido” (C 340, de primeros de noviembre de 1906, al doctor Barbier). La carta es más larga. Invito a leerla por entero. Ya casi al final es cuando habla de que acepte el regalo del ejemplar de las cartas de Pablo que ella misma había usado y sobre el que habían hablado tantas veces.

⁴⁴ Lo pongo ente comillas, porque esta denominación, “tratados espirituales”, hay que entenderla en sentido relativo, dada más bien su brevedad.

⁴⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae* 18 y 20.

en ella, de ahí también la consideración de “tratados espirituales”. De alguna manera, dada su especial sintonía con la música, los podemos considerar como una sinfonía en cuatro tiempos, dedicada a enaltecer la grandeza de la vocación o llamada de Dios al hombre. Dos de ellos están redactados en forma de ejercicios espirituales, y son los más largos, y los otros dos tienen un estilo más bien epistolar. Estos escritos se conocen por los siguientes títulos: 1. *El cielo en la fe*, 2. *Últimos ejercicios*, 3. *La grandeza de nuestra vocación*, 4. *Déjate amar*.

Dichos textos tienen además un tinte que podríamos llamar particularmente escatológico, pero de una escatología que comienza a ser ya realidad en esta vida. Para ella lo que “ya” somos como hijos de Dios, hijos en el Hijo, participando en la vida trinitaria, no es como un entretenimiento hasta que llegue lo verdadero en el más allá. Es el inicio real de lo que en el más allá alcanzará su plenitud. De ahí su grandeza y belleza incluso en esta vida.

Una cosa que no se debe olvidar al leer estos tratados es que Isabel los escribe en una situación de salud bastante precaria. Desde marzo del 1905 se le habían empezado a manifestar los primeros síntomas de una enfermedad que, como a veces sucede, no se sabía bien qué era. Y a partir de marzo del 1906 pasó ya a la enfermería conventual, en la que morirá. Hoy sabemos que lo que padeció fue el mal de Addison: una enfermedad mortal en aquel entonces, que afecta a las glándulas suprarrenales, y que, entre otras cosas, impedía al paciente prácticamente la ingesta de cualquier alimento.

Para no leer en abstracto estos tratados espirituales de Isabel es muy importante también leer, o al menos tener en cuenta, las cartas que iba escribiendo durante estos meses, sobre todo los que pasa en la enfermería⁴⁶. En ellos se puede apreciar algo de la densidad existencial que le suponía a ella el pasar por esa enfermedad. Pero también el sentido positivo que

⁴⁶ Cf. C 266-342. Son cartas en las que se nos van ofreciendo datos sobre la evolución de su enfermedad, pero a su vez nos muestran una Isabel volcada sobre el prójimo, sus amigos y familiares, llena de agradecimiento por lo que hacen por ella, que habla de lo que puede o no soportar su estómago en términos muy concretos y realistas, y que, a su vez, por lo general nunca deja de comunicar también algo de su alma, aquello que ve que puede también ayudar a los demás.

siempre mostró, incluso en algunos casos con gran sentido del humor, iluminada por la fe, en medio de las limitaciones y padecimientos de su larga agonía física.

1. *El cielo en la fe*⁴⁷

Este tratado está escrito en forma de ejercicios espirituales, organizado en diez días, con dos meditaciones breves para cada día. Lo redactó en la primera mitad del mes de agosto de 1906 como una sorpresa, testamento espiritual, para su hermana Margarita (Guita). Con ella siempre había compartido sus descubrimientos espirituales más importantes en los años de su infancia y juventud en casa, pero también igualmente en los años que vivió el convento. Por muchas razones su hermana siempre significó mucho en su vida, incluso a todos los niveles: el humano y el espiritual. Había como cierta complicidad entre ellas.

El tema de cada una de las meditaciones podemos decir que es siempre el mismo: la predestinación a vivir la vida trinitaria ya desde esta vida, la vida en Dios o la llamada de Dios al hombre a participar de su vida, a ser hijos en el Hijo. En este tratado, por otra parte, es muy importante la relación que se establece entre el bautismo y el don/compromiso de la vida trinitaria en nuestra vida⁴⁸.

Cada una de esas meditaciones tiene su propio matiz: el que le viene dado del texto elegido como punto de arranque: prácticamente todos del Nuevo Testamento. “Padre, quiero que

⁴⁷ La expresión «el cielo en la fe», o también “el cielo en la tierra”, aplicada a la experiencia y vivencia trinitaria no la encontramos ninguna vez en estos tratados, pero sí en sus cartas de estos años en el Carmelo: cf. C 104, 143, 165, 169 (“el cielo en la fe”), y C 133, 139, 145, 194, 235, 271 (“el cielo en la tierra”).

⁴⁸ En la primera meditación del primer día se nos dice: “Por el bautismo, dice San Pablo, hemos sido injertados en Jesucristo. Y también: ‘Dios nos ha hecho sentar en los cielos en Jesucristo para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia’ (Ef. 2, 67). Y más adelante: ‘Vosotros ya no sois huéspedes o extranjeros, sino conciudadanos de los santos y de la casa de Dios’ (Ef. 2, 19). La Trinidad, he ahí nuestra morada, nuestra ‘casa’, la casa paterna, de donde no debemos salir jamás. El Maestro lo ha dicho un día: ‘El esclavo no permanece en casa para siempre, pero el hijo permanece siempre’ (San Juan) (Jn. 8,35)” (CF 2; cf. CF 27).

allí donde yo estoy estén conmigo los que me diste...” (Jn 17,24), “Permaneced en mí” (Jn 15,4), “El reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17,21), etc. Pero en la explicación del tema acude a nuevos textos de la Sagrada Escritura, aunque no sólo. También a textos de otros autores místicos: Ruysbroeck, san Juan de la Cruz, etc.

Sin duda una de las meditaciones más bellas es la segunda del día décimo. En ella nos explica cómo es un alma que siente toda su vida como alabanza de la gloria de Dios. Es como el resumen de lo que siempre fue su propia vocación, pero no piensa que sea una vocación sólo suya. Más bien al contrario. Comienza la meditación con el texto de Ef. 1,11-12, que dice:

Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que seamos la alabanza de su gloria. [y continúa] Es San Pablo quien habla así, San Pablo enseñado por el mismo Dios. ¿Cómo realizar este gran sueño del corazón de nuestro Dios, este deseo inmutable sobre nuestras almas? ¿Cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas Alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad?⁴⁹

En el texto de dicha meditación comenzará por cuatro veces a explicar y ahondar en lo que ella entiende que significa ser “una alabanza de gloria”, vivir y existir para “alabanza de su gloria”, de la gloria de Dios. Y concluye:

En el cielo los bienaventurados no tienen "reposo día y noche diciendo: Santo, santo, santo, el Señor Todopoderoso... Y prosternándose adoran al que vive en los siglos" (Ap. 4,8-10). En el cielo de su alma la alabanza de gloria comienza ya el oficio que tendrá en la eternidad. Su cántico no cesa, porque está bajo la acción del Espíritu Santo, que obra todo en ella; y aunque ella no sea siempre consciente de ello, porque la debilidad de la naturaleza no le permite estar siempre fija en Dios sin distracciones, ella canta siempre, adora siempre; ella se ha convertido, por decirlo así, en la alabanza y el amor, en la pasión por la gloria de su Dios. En el cielo de nuestra alma seamos alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad, alabanza de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un día se descorrerá el velo, seremos introducidas en los atrios eternos y allí cantaremos en el seno del Amor infinito.

⁴⁹ *El cielo en la fe* (CF) 41.

Y Dios nos dará el nombre prometido al vencedor (Ap 2,17).
¿Cuál será?... *Laudem gloriae*⁵⁰.

Precisamente ese mismo día décimo, en el texto de la mañana había hablado de la Virgen y la había presentado, sobre todo en el tiempo que va desde la Anunciación al Nacimiento de Jesús, como el modelo supremo de la persona que vive en esta actitud de continua alabanza y adoración a Dios aún en medio de las cosas más cotidianas⁵¹.

2. *Últimos ejercicios*

En la segunda mitad de agosto, del 16 al 31 de agosto, Isabel hace sus propios ejercicios espirituales como preparación para la entrada en el cielo, que ya presiente cercana. La madre superiora, a pesar de su debilidad física, le permite esos días y le ruega que recoja en su cuaderno lo mejor de sus hallazgos espirituales.

C. de Meester, en su introducción a este tratado nos indica que este tiene una carga más directamente autobiográfica, en cuanto que directamente es el fruto de su reflexión diaria en esos días de retiro. Pero además indica que, dado el recrudecimiento de los dolores físicos en este tiempo, la realidad del sufrimiento y la dimensión cristocéntrica se hacen aquí más presentes⁵².

El texto está dividido en dieciséis meditaciones o días. Una por día. En la del día decimoprimeros añade: (“continuación”).

⁵⁰ CF 44.

⁵¹ “Me parece, escribe, que la actitud de la Virgen durante los meses transcurridos entre la Anunciación y el Nacimiento es el modelo de las almas interiores; de esos seres que Dios ha escogido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo. ¡Con qué paz, con qué recogimiento María se sometía y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo, aun las más vulgares, eran divinizadas por Ella! Porque a través de todo la Virgen no dejaba de ser la adoradora del don de Dios. Esto no la impedía entregarse a las cosas de fuera cuando se trataba de ejercitar la caridad. El Evangelio nos dice que María subió con toda diligencia a las montañas de Judea para ir a casa de su prima Isabel (Lc 1, 39-40). Jamás la visión inefable que ella contemplaba en sí misma disminuyó su caridad exterior” (CF 40).

⁵² Cf. C. DE MEESTER, “Últimos ejercicios. Introducción”, en: ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas*, 137-142.

Como en el escrito anteriormente citado, cada día suele empezar siempre con un texto bíblico, generalmente del Nuevo Testamento. Es interesante destacar también el puesto que aquí se da a algunos textos del Apocalipsis que subrayan la actitud de pueblo de los elegidos que alaba en el cielo a Dios día y noche⁵³.

Los sentimientos de Isabel al empezar estos ejercicios espirituales y el estilo de lo que será el texto escrito de los mismos queda muy claramente expuesto en lo que nos dice en las primeras líneas del día primero:

"Nesciv". "No supe nada más." Esto es lo que canta "la esposa de los Cantares" después de haber sido introducida en "la bodega interior". Me parece que tal debe ser también el lema de una alabanza de gloria en este primer día de Ejercicios, en que el Maestro la ha hecho penetrar en el fondo del abismo sin fondo, para enseñarle a cumplir el oficio que tendrá durante toda la eternidad y debe ejercitarse ya en el tiempo, que es la eternidad comenzada, pero siempre en progreso. *"¡Nesciv!"* No sé nada más, no quiero saber nada más, sino "conocerle a El, la comunión en sus sufrimientos, la conformidad con su muerte" (Flp 3,10)⁵⁴.

El papel de María, como modelo y madre en todo este camino, viene descrito de forma muy concreta unas líneas más abajo en el texto de este primer día:

"Nadie ha visto al Padre, nos dice San Juan, si no es el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiso revelárselo". Me parece que también se puede decir: Nadie ha penetrado el misterio de Cristo en su profundidad, salvo la Virgen. Juan y la Magdalena han penetrado mucho en este misterio, San Pablo habla frecuentemente del conocimiento que se le ha dado (Ef. 3,34), y, sin embargo, ¡cómo todos los santos quedan en la sombra cuando se contemplan las claridades de la Virgen!... Ella es lo indecible, [es] el "secreto que ella guardaba y meditaba en su corazón" (Lc 2,19), que ninguna lengua ha podido revelar, ninguna pluma traducir. Esta Madre de gracia va a formar mi alma, para que su hijita sea una imagen viva, "expresiva", de su primer Hijo (Lc

⁵³ Cf. *Últimos ejercicios* (UE), día 5 (nº 12), día 6, nº 15), día 8 (nº 20).

⁵⁴ UE 1.

2,7), el Hijo del Eterno, Aquel que fue la perfecta alabanza de gloria de su Padre⁵⁵.

En este escrito son muchas las referencias a la necesidad de callar interiormente a nuestro yo para poder escucharle a Él, a Cristo, a Dios y su designio dentro de nosotros, para poder ser siempre y sólo alabanza de su gloria⁵⁶. Con palabras de resonancia evangélica escribe:

Caminar en Jesucristo me parece que es salir de sí, perderse de vista, abandonarse, para entrar más profundamente en Él a cada minuto que pasa, tan profundamente que uno sea enraizado, y que en todo momento, en toda ocasión, pueda lanzar este valiente reto: “¿Quién me separará de amor de Cristo?”⁵⁷.

En este pequeño tratado se nos ofrece también una referencia bautismal muy importante, en la que se vincula explícitamente bautismo y resurrección, bautismo y vida nueva en Cristo⁵⁸.

3. *Grandeza de nuestra vocación*

Este escrito es de inicio de septiembre de 1906. Como dije anteriormente, está concebido más bien en forma de carta dirigida, en este caso, a su hija espiritual Francisca de Sourdon, unos años más joven que ella. Su maternidad espiritual respecto de ella se afirma claramente en el primer párrafo del mismo⁵⁹, pero también a lo largo de todo él.

⁵⁵ UE 2.

⁵⁶ Personalmente se está refiriendo, entre otras cosas, al hacer callar interiormente sus dolencias y males físicos. Pero no al olvido y entrega a los demás. De hecho en estos meses, como dije más arriba, escribe cartas en las que, entre otras cosas, agradece continuamente la preocupación que tienen por ella y su enfermedad. Incluso dentro de estos mismos días de ejercicios escribe una carta a su madre (cf. C 308, 29 de agosto de 1906).

⁵⁷ UE 33; cf. UE 2, 5, 26, 28.

⁵⁸ Cf. UE 30-31.

⁵⁹ “¡He aquí, por fin, a Isabel, que viene a colocarse con su lápiz cerca de su Francisca querida! Digo con su lápiz porque la instalación de corazón a corazón hace mucho que está hecha. ¿verdad?, y permanecemos unidas las dos. ¡Cuánto me gusta nuestro encuentro de la noche! Es como el preludio de la comunión que se establecerá entre nuestras almas del cielo a la tierra. Me parece que estoy inclinada sobre ti, como

Se trata de una pequeña catequesis personalizada (continuamente la nombra) sobre algunas preguntas que Francisca le había hecho. Aunque sin pretender una exposición excesivamente sistemática, el orden de los temas tratados es el siguiente: la humildad, el morir a sí mismos, la libertad de los hijos de Dios, los movimientos de orgullo, el sentido cristiano del sufrimiento, la perspectiva sobrenatural en la vida, la predestinación a ser imagen del Hijo, el camino de la fe, enraizados en Cristo, la acción de gracias.

En todo esto se transparenta, como no podía ser menos, mucho del alma de Isabel, aunque el discurso esté pensado sobre todo en función de las necesidades espirituales del momento que vivía Francisca de Sourdon.

Por último, no falta, tampoco aquí, una referencia al sacramento del bautismo, y al de la penitencia, como sacramento que a lo largo de la vida nos ayuda a ir realizando la gracia inicial recibida en el bautismo⁶⁰.

4. *Déjate amar*

Este es el último de los cuatro pequeños tratados espirituales aquí mencionados. Lo escribió Isabel hacia los últimos días de octubre de 1906. Está escrito como una carta testamento personal, dirigida a la Madre Germana de Jesús⁶¹, a

una madre sobre su hijo predilecto. Levanto los ojos, miro a Dios, después los bajo a ti, exponiéndote a los rayos de su Amor. Francisca, no le hablo de ti, pero El me comprende mejor, prefiere mi silencio. Hija mía querida, quisiera ser santa para poder ayudarte desde aquí abajo, esperando hacerlo allá arriba. ¡Qué no sufriría yo para obtenerte las gracias de fortaleza que necesitas!” (*Grandeza de nuestra vocación* [GV] 1). Para más datos sobre este escrito, cf. C 310 (a Francisca de Sourdon, 9 de septiembre de 1906).

⁶⁰ “Es el bautismo quien te ha hecho hija de adopción (Rm 8,15), el que te ha marcado con el sello de la Santa Trinidad. “A los que El ha llamado, El los ha justificado”: ¡cuántas veces lo has sido tú por el sacramento de la penitencia y por todos estos toques de Dios en tu alma, sin que te des cuenta!” (GV 9).

⁶¹ Fue priora de la comunidad prácticamente durante todo el tiempo de la permanencia de Isabel en el Carmelo de Dijon, y también fue su formadora. Tras la muerte de Isabel, ella fue su primera biógrafa y la primera persona que dio a conocer al mundo su mensaje espiritual con su obra titulada *Isabel de la Trinidad. Recuerdos* (Madrid 1985) 408. La primera edición francesa se publicó en 1909.

la que llama “mi sacerdote santo”⁶², porque, usando un cierto simbolismo eucarístico de configuración con Cristo, agradece la ayuda que le había dado, sobre todo en los meses de su enfermedad, para hacer de su vida una ofrenda con Cristo al Padre⁶³. Sin duda por lo mismo, es decir, la cercanía de la muerte, la perspectiva escatológica, de la plenitud del más allá y de la comunión entre la iglesia terrena y peregrina y la iglesia celeste, está también aquí muy presente.

Por otra parte, es este un escrito en el que la discípula pasa a ser maestra y madre espiritual de aquella que lo había sido para ella hasta ese momento. Y, aunque esto es algo que sobre el papel parece dejarlo para después de su muerte, en el conjunto de este texto ella demuestra bien a las claras cómo, en esos momentos últimos de su vida, se siente madre espiritual de la Madre Germana⁶⁴.

El tono en cierto modo solemne de estas páginas se capta desde sus primeras líneas:

Cuando leáis estas páginas, vuestra pequeña Alabanza de gloria no cantará más en la tierra, sino habitará en el inmenso Hogar de amor. Podréis, por tanto, crearla y escucharla como “mensajero” del buen Dios. Madre querida, hubiera querido deciros todo

⁶² *Déjate amar* (DA) 1.

⁶³ Cf. C 320, nota 3 (a la Madre Germana de Jesús, octubre de 1906); C 271 y 306; P 100, 113 y 121. De lo que he expuesto hasta ahora podría sacarse la impresión de que en la vida de Isabel el sacramento de la eucaristía está prácticamente ausente de su vida adulta. Hay que decir, sin embargo, que es más bien todo lo contrario. Sobre todo en su correspondencia hay referencias constantes al mismo, pero esto necesitaría un discurso más largo y matizado. Baste aquí la indicación de tres cartas que nos muestran cómo ella une el misterio eucarístico y lo que siente como la realización de su vocación: cf. C 165 (del 14 de junio de 1903, al abate Chevignard), C 244 (del 8 de octubre de 1905, al abate Chevignard), C 255 (finales de diciembre de 1905, al canónigo Angles). Por lo demás hay que decir que la suya es una experiencia alimentada de una constante referencia a la eucaristía, aunque los aspectos de la teología eucarística que resalta sean más bien los propios de su tiempo: presencia en el sagrario, sacramento del amor, la persona como tabernáculo de su presencia, adoración, inmolación, etc.

⁶⁴ “Sabéis bien que llevo vuestro sello y que algo de vos misma ha aparecido con vuestra hija delante de la Faz de Dios. Os pido también que no hagáis nada sin mí, me lo habéis permitido. Vendré a vivir en vos, y esta vez seré vuestra madrecita. Yo os instruiré, para que mi visión os aproveche, participéis en ella y así viváis la vida de los bienaventurados” (DA 4).

lo que habéis sido para mí; pero la hora es tan grave, tan solemne... No quiero detenerme a deciros cosas que creería disminuir las diciéndolas con palabras. Lo que va a hacer vuestra hija es revelaros lo que siente, o, con más verdad, lo que su Dios le ha hecho comprender en horas de profundo recogimiento, de contacto unificante⁶⁵.

Y ¿qué es eso tan solemne que tiene que decirle y que hasta ahora no haya ya escrito antes? Todo se resume en la frase: “Déjate amar” por Dios. Ese amor de predilección de Dios no se puede explicar ni es fruto de méritos previos. Por eso a ella Dios no le diría tanto “me amas más que estos”, como Jesús a Pedro, sino más bien “¡déjate amar más que estos!”. Ese sería, en el pensamiento de Isabel, el camino por el que la Madre Germana engrandecería el amor de Dios. Pero, de alguna manera, en esa frase está contenido igualmente el camino de Isabel misma. Por eso le dice también:

Madre venerada, madre consagrada para mí desde la eternidad, al partir os lego la vocación que fue mía en el seno de la Iglesia militante y que cumpliré en adelante incesantemente en la Iglesia triunfante: “Alabanza de gloria de la Santa Trinidad”. Madre, “dejaos amar más que éstos”. Es de esta manera como vuestro Maestro quiere que vos seáis alabanza de gloria⁶⁶.

La Madre Germana nunca dio a conocer, mientras ella vivió, este pequeño tratado, conocido como *Déjate amar*, y ¡se comprende! Apareció entre sus papeles al morir ella en Dijon en el año 1934. Pero, en los años que habían transcurrido desde la muerte de Isabel hasta la suya propia, ella fue, sin duda, el gran instrumento escogido por Dios para dar a conocer a nuestro mundo la experiencia y el mensaje espiritual de Isabel de la Trinidad.

⁶⁵ DA 1.

⁶⁶ DA 5.